Daniel García Blanco: Una gesta musical en la UNAM

Óscar Armando García

La recuperación de la memoria es uno de los atractivos más seductores de la historia. Los testimonios, las huellas necesarias para la reconstrucción de un acontecimiento en el pensamiento de un ser humano, requieren de un proceso crítico, confrontado, riguroso y con una suerte de dosis de representación ficcional, para así poder ofrecer un panorama lo más posiblemente veraz de aquello que deseamos recuperar.

En este caso, los indicios que la actividad docente puede dejar en la memoria de las sociedades y las culturas tienen características insospechadas, sobre todo si la transmisión del conocimiento se ofrece dentro del ámbito musical. Es excepcional que un maestro de música produzca reflexiones escritas sobre su propia obra o que manifieste su pensamiento o su carácter en un ensayo literario. El maestro de música nos hace cómplices de su mundo abstracto a través de las notas, acordes, tiempos y silencios armónicamente ordenados en un lenguaje de infinitas formas: eso, concretamente, es lo que transmite y lo que ese misterioso *zoon musical* nos enseña a descubrir para, entonces, hacer de ese mundo de operaciones sonoras un lenguaje propio.

Si parto de este pensamiento es porque, en justa medida, deseo fijar en un texto los procesos de la docencia y la investigación de Daniel García Blanco en su paso por nuestra Universidad. Su trayectoria profesional fue múltiple y una parte sustancial de su trabajo la realizó en el seno de nuestra *Alma Mater* durante treinta años. Este ensayo trata de resaltar las colaboraciones de este músico chiapaneco y destacado impulsor y estudioso de la música popular mexicana como distinguido universitario.

Al hacer un balance del intrincado panorama de actividades desarrollado por García Blanco (1929-2008), es posible encontrar que sus intereses profesionales y artísticos no fueron regidos por una preferencia específica, una corriente estética o una agrupación artística. En su caso, los derroteros siempre fueron de la mano con circunstancias personales, familiares y profesionales.

En su natal Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, García Blanco aprendió, desde pequeño, los primeros elementos de la música a través del conocimiento de la marimba, actividad que enriqueció en años posteriores. Durante su adolescencia estudió en la Escuela Normal y a partir de entonces comenzó la integración de la enseñanza (su permanente vocación) con su sensibilidad musical.

En 1956 emigró con su familia a la Ciudad de México para buscar nuevos horizontes profesionales, en un periodo en donde coinciden, dentro de este espacio urbano, una gran cantidad de historias semejantes: habitantes provincianos que forjan sus destinos bajo los transparentes cielos de la gran capital.

Sus primeros años en la capital no fueron fáciles; sin embargo, a inicios de la década de los sesenta, comenzó a tener contacto con profesores de danza regional, a quienes acompañó al piano en las sesiones de formación. Es allí donde García Blanco empezó a organizar y a recopilar el amplio repertorio de ritmos musicales del país que, en 1966, se consolidaría en una de sus primeras publicaciones: *Danzas y bailes regionales de México (Veintidós transcripciones para piano)*. El contacto con coreógrafos de la talla de Marcelino Torreblanca, Héctor Fink, Emma Duarte, Xóchitl Medina y Guillermo Arriaga lo llevó a integrarse a múltiples proyectos, como el del Conjunto Folclórico Mexicano del Seguro Social (1960-1964), bajo la conducción musical de quien fuera una de sus principales influencias artísticas y profesionales, el maestro Blas Galindo.

Por otra parte, su virtuosismo como acompañante musical lo condujo a iniciar sus labores en la Escuela Nacional Preparatoria plantel 5 (Coapa) en los cursos de baile folclórico con la maestra Graciela Reyes, desde 1966 hasta 1972. Durante este periodo, la profesora Reyes, titular de la Compañía de Danza de la Preparatoria 5, le encargó la realización de múltiples arreglos y grabaciones para festivales artísticos preparatorianos, donde destacan *Los lanceros* para el cuadro intitulado "1900" y las *Cuadrillas de Valparaíso, Zacatecas*, grabaciones aún inéditas. La preocupación (y poética) que siempre quiso alcanzar García Blanco a través de sus arreglos musicales fueron siempre la nitidez y el timbre original de la obra reconstruida. La maestra Reyes le entregaba un guión o una grabación base y García Blanco investigaba cuál podía haber sido la instrumentación original de la pieza. A partir de este proceso, consolidaba su arreglo y elaboraba la grabación con músicos profesionales. Durante las sesiones de trabajo, exigía a sus colegas que se ciñeran al timbre buscado, a la recuperación de la afinación que pudieran haber tenido los instrumentos de la época. Los resultados, esperemos, podrán ser escuchados en una futura edición de sus trabajos fonográficos inéditos.[1]

Posteriormente, García Blanco se desempeñó como profesor de Actividades Estéticas durante una veintena de años (1972-1991), específicamente como pia-

[1] Desde junio de 2010 estos materiales y toda su producción fonográfica se encuentran bajo el resguardo de la Fonoteca Nacional para su consulta.

nista acompañante del Taller de Baile Regional en la Preparatoria 4 (plantel Tacubaya) con la profesora Rosaelia Serra. Durante este periodo también se integró activamente en la consolidación y planificación de los talleres artísticos de la Escuela Nacional Preparatoria, junto con los profesores Enrique Ruelas, Héctor Azar, Marcela Ruiz Lugo, Héctor Téllez y Gonzalo Correa, entre otros.

En 1972 participó en la producción de uno de los títulos fonográficos de la serie Voz Viva de México (serie folclore) denominado *Música de la Ciudad*. Bajo la convocatoria de Marisa Magallón, entonces encargada del Departamento de Grabaciones de la Dirección General de Difusión Cultural (por entonces coordinado por Gastón García Cantú) y el atinado registro sonoro del ingeniero Rodolfo Sánchez Alvarado, García Blanco diseñó la estructura de esta investigación y escribió la presentación del disco, es decir, un cuaderno de doce páginas donde expuso una serie de reflexiones acerca de la música recopilada por este singular equipo de trabajo, en una Ciudad de México que se asomaba a los primeros años de la década de los setenta. En un principio mencionaba lo excepcional que es que un músico deje un testimonio escrito de sus ideas y, justamente, este cuaderno condensa por escrito, en gran medida, lo que para García Blanco sería su visión sobre el estudio y las repercusiones de la música popular en la cultura mexicana.

Este trabajo fonográfico de recopilación musical era también la consolidación de una de las preocupaciones estéticas de García Blanco: rescatar los horizontes musicales de cada ciudad, la memoria sonora de cada región, de cada poblado de la nación. En el caso específico de la Ciudad de México, García Blanco (grabadora en mano) siempre trataba de hacer el registro de las diferentes sinfonías que se despliegan a diario en nuestro entorno, bajo la consigna y el conocimiento sensible de que esta urbe era el compendio musical de todo el país. Por otra parte, cuando viajaba por el interior de la República, siempre estaba atento a los repertorios musicales que ofrecían las radiodifusoras locales o a los cantos de los artistas ambulantes de los restaurantes, plazas, cantinas o espectáculos regionales.

En el cuaderno mencionado, es posible dar seguimiento a la información sobre el material sonoro recopilado en el álbum: música de concheros, cantos de procesión, música de pastorelas, música en los restaurantes, música de la calle de Bocanegra, músicos de la vía pública, el corrido, el jarabe, la Orquesta Típica de la Ciudad de México, bandas de música, la Plaza Garibaldi, el danzón y la canción urbana, esta última ilustrada con dos canciones interpretadas por Salvador (Chava) Flores. Ofrezco tan sólo una breve muestra del material de este escrito: García Blanco nos informa que el bolero *Ella* es de Domingo Casanova Pacheco, cubano avecindado en Mérida Yucatán, y que el romántico motivo de esta canción obedece a la rendida declaración de amor que el autor —modesto cochero de oficio en Mérida— hiciera a la gran actriz doña Virginia Fábregas, pero que ésta declinara, cortésmente, en atención del respeto que le merecía su condición de mujer casada.[2]

La audición de los treinta cortes que conforman este álbum nos sigue sorprendiendo por su enorme capacidad para evocar la riqueza sonora de nuestra ciudad. No obstante este esfuerzo de investigación musical, su difusión quedó en un desafortunado y limitado tiraje; sólo unos cuantos coleccionistas tuvieron acceso a este material en su momento.

García Blanco siempre hizo especial mención de esta experiencia discográfica, con la firme esperanza de que se pudieran elaborar otras ediciones semejantes en la misma Ciudad de México y en otras poblaciones del país. Resulta significativo que la variedad de los materiales recopilados en esta obra hayan sido elemento de reflexión para los trabajos posteriores de este musicólogo.

La investigación para este fonograma fue uno más de los incontables eslabones de la prolífica trayectoria profesional de García Blanco, quien continuó difundiendo los materiales recopilados a través de conferencias en diversos planteles de la Universidad y participando también en proyectos artísticos como la serie sabatina de televisión *Historia del corrido mexicano* con Jorge Saldaña. En esta emisión se mostraron musicalmente los materiales de la obra de Vicente T. Mendoza (maestro de García Blanco a finales de los cincuenta) que también fueron publicados por la UNAM. Colaboraron en esta serie personalidades de la música popular mexicana como Óscar Chávez, Tehua, Amparo Ochoa, Gilberto Pérez Gallardo y el Trío Los Morales, entre otros.

Menciono la que sería su última colaboración con la UNAM: la grabación del álbum *Fiesta mexicana* con el tenor Francisco Araiza en la sala Nezahualcóyotl en agosto de 1985. En esta producción de la Deutsche Grammophon, García Blanco solicitó la intervención de músicos de la Orquesta Filarmónica de la UNAM para poder integrar un ensamble junto con maestros ejecutantes de mariachi y, de esta manera, consolidar la sonoridad requerida para los arreglos de las canciones mexicanas que integraban el repertorio del álbum. Este disco se agotó en el transcurso de dos semanas en varias partes del mundo y nunca tuvo una distribución nacional, por lo que prácticamente es un fonograma desconocido en nuestro medio.

El último bastión de los proyectos docentes y artísticos de García Blanco fue la Escuela de la Música Mexicana, donde formó a numerosas generaciones de ciudadanos desde 1990, las cuales se acercaron con curiosidad al aprendizaje de la música popular de nuestro país.

Valga entonces esta nota para dejar constancia del itinerario de un profesor universitario que, en su caso, cumplió generosamente con las expectativas sustanciales de nuestra Universidad: la enseñanza, la investigación y la difusión de la música mexicana.

[2] Daniel García Blanco, Presentación de *Música de la Ciudad*, Voz Viva de México, UNAM, 1973, p. 5. La letra del bolero dice:

> Ella, la que hubiera amado tanto,
> la que hechizó con música mi alma,
> me pide, con ternura que la olvide…
> que la olvide sin odios y sin llanto.
>
> Yo que llevo encerrados tantos sueños…
> yo que guardo tantas tumbas en el alma…
> no sé por qué sollozo y tiemblo
> al cavar una más en mis entrañas.
>
> Yo que he visto los sarcasmos de la vida
> bajo el cielo misterioso de las farsas…
> A ti, mujercita querida,
> un altar levantaré dentro de mi alma.